

Documento de trabajo N°2

Apuntes para una teoría de la hegemonía en Gramsci

Gastón Angel Varesi

DOCUMENTO DE TRABAJO N° 2

Apuntes para una teoría de la hegemonía en Gramsci

Gastón Angel Varesi

www.elcefma.com.ar

www.elcefma.blogspot.com.ar

contacto@elcefma.com.ar



PARTIDO COMUNISTA DE LA ARGENTINA

Varesi, Gastón Ángel Apuntes para una teoría de la hegemonía en Gramsci
/ Gastón Ángel Varesi. - 1ª ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Bitácora Ediciones, 2016. 24 p. ; 20 x 15 cm. ISBN 978-987-46248-2-6
1. Hegemonía. I. Título. CDD 306

Centro de Estudios y Formación Marxista Hector P. Agosti- CEFMA
Partido Comunista de la Argentina

Director
Patricio Echegaray

Directores Adjuntos
Alexia Massholder
Hernán Randi
Marcelo F. Rodríguez

Diseño de cubierta y diagramación: Patricia Chapitel

El Centro de Estudios y Formación Marxista Héctor P. Agosti (CEFMA) es un espacio impulsado por el Partido Comunista de la Argentina con el objetivo de promover, desde el marco de la teoría marxista y el pensamiento revolucionario, el estudio y la reflexión sobre la realidad contemporánea y los procesos históricos y políticos que han jalonado la lucha por la emancipación de los pueblos. Estudio y reflexión, huelga aclarar, que están concebidos como necesarios insumos para orientar la praxis transformadora de los pueblos de Nuestra América

Pretendemos que este Centro sea un espacio de encuentro, intercambio y reflexión amplio, donde converjan todos aquellos sectores que intentan construir una sociedad poscapitalista.

Los Documentos de Trabajo del CEFMA son un aporte en este sentido en el año en que se cumplen 200 años de nuestra independencia y nos acercamos al centenario de la Revolución Rusa de 1917 y de la fundación de nuestro Partido Comunista en 1918.

Entendemos al marxismo como un proyecto que busca la radical transformación de la sociedad actual y la superación del capitalismo a través de la crítica, la interpretación y el conocimiento del mismo. A través de «las armas de la crítica y de la crítica de las armas», como advertía Marx. Un proyecto en el cual la teoría y la práctica son una unidad indisoluble, haciendo del marxismo una tradición viviente que reaviva su fuego en la incesante dialéctica entre el pasado y el presente y se convierte en indispensable instrumento a la hora de cambiar al mundo.

Patricio Echeagaray
Director del CEFMA

APUNTES PARA UNA TEORÍA DE LA HEGEMONÍA EN GRAMSCI

*Gastón Angel Varesi**

Introducción y definición sintética

Antonio Gramsci fue un intelectual y dirigente político italiano que nació en 1891 y participó en la fundación del Partido Comunista Italiano, partido por el cual asumió como diputado nacional en 1924 y del cual se convirtió en su Secretario General en 1926. Gramsci escribió muchas de sus principales ideas en la cárcel, a la que estuvo condenado por el régimen fascista desde 1927 y donde permaneció casi hasta su muerte en 1937. A pesar del duro contexto en el cual tuvo que reflexionar y producir conocimiento, Gramsci en su agudeza logró entrever las tendencias que comenzaban a definir a las sociedades complejas, aportando claves indispensables para su estudio y transformación.

El presente trabajo tiene como objetivo reseñar las coordenadas fundamentales que constituyen la teoría gramsciana de la hegemonía.

*Sociólogo, Doctor en Ciencias Sociales. Becario posdoctoral del CONICET, IdIHCS-UNLP. Profesor de «Economía, Política y Sociedad en la Argentina contemporánea» del Doctorado en Ciencias Sociales y la Maestría en Políticas de Desarrollo, Profesor Adjunto de «Geografía Económica Argentina» (FaHCE-UNLP). Coordinador del CEFMA-La Plata. E-mail: gastonvaresi@hotmail.com

Para ello nos proponemos partir de una primera definición general de dicho concepto para articularlo con otras categorías de análisis, principalmente desarrolladas en el período carcelario, en cuyo entramado cobra consistencia la teoría mencionada. Así, realizaremos un recorrido por conceptos como los de bloque histórico, sociedad civil y sociedad política, Oriente y Occidente, guerra de maniobras y guerra de posiciones, ideología y sentido común, para luego introducimos en la propuesta de análisis de situaciones y relaciones de fuerzas, el rol de los intelectuales y el Príncipe Moderno. Debe aclararse que las lógicas a veces poco estructuradas, muchas veces con carácter de apunte, propias de las difíciles condiciones de escritura, nos convocan a reconstruir a partir de esos mosaicos, el cuadro más completo que conforma una genuina teoría.

En este camino, para delinear una primera **definición sintética** del concepto de *hegemonía*, podemos decir que ésta remite a la dirección política, ideológica y cultural de un grupo social sobre otros¹. Esta capacidad de conducción implica la predominancia de los componentes consensuales sobre los componentes coercitivos (ambos constitutivos de toda relación política), por lo que involucra la participación de los grupos dirigidos en la visión del mundo del grupo dirigente. Es la posibilidad de hacer aparecer la realización de intereses y proyectos particulares como si fuera una expansión universal, el desarrollo de todas las «energías nacionales», pero esto no expresa sólo «engaño», sino que se vincula con las distintas estrategias y concesiones que

¹ Gramsci retoma esta perspectiva de Lenin (1914) donde *hegemonía* remite a la conducción de una clase sobre otras, lo cual implica superar una fase gremial, corporativista, para convertirse en la dirección política en el plano nacional. El término también fue aplicado por Lenin (1916) al campo internacional para denotar la dirección en ese plano.

el grupo dominante articula con el grupo dominado y en convencer a estos grupos a tal punto que se dificulte hasta la percepción misma de los lazos de dominación.

La hegemonía es una relación social que atraviesa distintas dimensiones: parte de una base material ligada a la posición de las clases en la estructura y se realiza en las superestructuras, a través de una *concepción del mundo* que encarna la visión general y expresa los intereses del grupo dirigente pero de forma universalizada, al tiempo que se plasma de distintas formas en el *sentido común*, en las prácticas cotidianas y, en su momento más desarrollado, en un tipo particular de *Estado* (Gramsci, 2003; 2008). De este modo, el concepto de hegemonía provee una herramienta analítica que permite el abordaje de problemáticas de índoles diversas ligadas a la lucha de clases y al conflicto político en general, siendo éste el terreno de su conformación.

Bloque histórico, tipos de sociedades y estrategias de transformación

El origen de la concepción gramsciana de la hegemonía se basa en la percepción que Gramsci tuvo sobre el desarrollo de las sociedades y su complejización creciente, vinculada, a su vez, a las estrategias de transformación adecuadas a éstas. Gramsci piensa a las sociedades desde una mirada de totalidad, para lo que despliega la categoría de *bloque histórico* la cual se define por una relación de reciprocidad, un proceso dialéctico real, entre la estructura, la base económica de la sociedad donde se definen los modos de producción dominantes, y las superestructuras, entendidas éstas como un compuesto complejo, contradictorio y discordante de distintos elementos políticos, jurídicos, ideológicos y culturales, que expresan el conjunto de las relaciones de producción, sin ser un mero «resultado», sino teniendo entidad propia y capacidad de incidencia sobre la dimensión estructural

misma. Encontramos aquí elementos de crítica al economicismo, en tanto Gramsci sostiene que «la pretensión (...) de presentar exponer cada fluctuación de la política y la ideología como una expresión inmediata de la estructura, debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo, y prácticamente con el testimonio auténtico de Marx» (2008:104). Al mismo tiempo, se aleja también de desviaciones politicistas, recalcando la relación dialéctica entre las distintas dimensiones del bloque histórico y el lugar destacado que tienen los procesos de trabajo en las sociedades.

En este camino, rescata la cita de Marx que señala que es en el plano de la *ideología* en que los hombres toman conciencia de los conflictos en la estructura y le da un valor gnoseológico, la convierte en método de análisis. Gramsci (2008) critica la noción peyorativa de ideología que había arraigado en sectores del marxismo y que identificaba a toda ideología como mera apariencia o falsa conciencia. Contrastando con esa mirada, Gramsci distingue entre un tipo de ideologías que él llama «históricamente orgánicas», estrechamente ligadas a determinada estructura y al movimiento de la sociedad, y las separa de las ideologías «arbitrarias», observando que las ideologías históricamente orgánicas organizan masas, forman conciencia e inciden en la lucha, mientras que las arbitrarias sólo crean movimientos individuales y polémicas. A su vez, Gramsci subraya afirmaciones de Marx que señalan que una persuasión popular tiene a menudo la misma energía que una fuerza material. En este sentido, Gramsci (2008) sugiere pensar al bloque histórico teniendo en cuenta que las fuerzas materiales son su contenido y las ideologías la forma, correspondencia visible en que las fuerzas materiales no serían concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin la fuerza material.

A su vez, Gramsci profundiza en el análisis de las superestructuras y distingue dos planos en su interior, la *sociedad civil* y la *sociedad política*:

«se pueden fijar dos grandes planos superestructurales, el que se puede llamar de la «sociedad civil», que está formado por el conjunto de los organismos vulgarmente llamados «privados», y el de la «sociedad política o Estado»; y que corresponden a la función de «hegemonía» que el grupo dominante ejerce en toda sociedad y a la de «dominio directo» o de comando que se expresa en el Estado y en el gobierno «jurídico»» (2004:16)

O sea, la sociedad civil remite a los espacios «privados» de participación voluntaria (que también podrían ser pensados como ámbitos de vida pública no estatal), tales como sindicatos, partidos, iglesias, medios de comunicación, centros de fomento, entre otros. Es el espacio principal donde se construyen los consensos, donde cobran forma las visiones del mundo². Y la sociedad política refiere al Estado en sentido estricto, al aparato político-jurídico centrado en el momento del dominio respaldado por la coerción, bajo el imperio de la ley.

Gramsci observa que en las sociedades del siglo XX si bien el Estado continúa siendo un ámbito primordial de poder, el desarrollo de la sociedad civil implica que el poder se ha disgregado en una multiplicidad de «trincheras». Para pensar este proceso identifica dos tipos sociedades que presentan distinto grado de desarrollo de la *sociedad civil* y el peso del *Estado*³, a las que denomina **Oriente** y

² A diferencia de Marx y Hegel, quienes veían a la sociedad civil como el ámbito de las condiciones materiales de vida, ligado a la estructura socio-económica, Gramsci la ubica como un plano de las superestructuras.

³ Gramsci maneja dos acepciones de Estado, una en sentido estricto, como plano político-jurídico con centro en la coerción (la sociedad política) y otra, ampliada donde en el Estado se funden la sociedad civil y la sociedad política, el momento de la coerción y el del consenso. En la tipificación de Oriente y Occidente, utiliza la versión del Estado en sentido estricto y su relación con la sociedad civil.

Occidente: «En Oriente el Estado era todo, la sociedad civil era primitiva y gelatinosa; en Occidente, entre Estado y sociedad civil existía una justa relación y bajo el temblor del Estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado sólo era una trincheira avanzada, detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas» (Gramsci, 2003:83). Encontramos entonces en Oriente un Estado preponderante y un escaso desarrollo de la sociedad civil, mientras que en Occidente se ha gestado un proceso de complejización a partir de la ampliación de la sociedad civil, desplegando diversas instancias que resguardan al orden establecido.

A partir de esta caracterización, Gramsci reflexiona sobre las distintas estrategias políticas a llevar adelante según el tipo de sociedad, para lo que utiliza una analogía entre la guerra militar (a partir de las experiencias dejadas por la Primera Guerra Mundial) y la lucha política. La estrategia a desarrollar en Oriente es la del ataque frontal, la **guerra de maniobras o de movimientos**. Como resume Piotte: «En la guerra de movimientos, la artillería se utiliza para abrir una brecha en las defensas del enemigo, brecha que sea suficiente para hacer posible la irrupción de las tropas y conseguir un éxito estratégico importante, si no definitivo» (1973:91). Es decir, que en las sociedades con escaso desarrollo de la sociedad civil, la estrategia política revolucionaria puede triunfar a partir del ataque frontal contra la clase dominante teniendo en cuenta que la destrucción del aparato estatal y de las fuerzas militares del enemigo garantizarían de modo casi concluyente el triunfo; esta sería la estrategia practicada victoriosamente en la Revolución Rusa. En una formación social sin gran desarrollo de su sociedad civil y con una vida centrada alrededor del Estado, la confrontación abierta y directa contra la dirección de ese Estado (en este caso, la exterminación del zarismo y sus instituciones) sumado a la derrota de sus fuerzas militares, en un contexto de crisis marcado por la guerra mundial y la grave situación económica, fueron suficientes

para abrir una brecha que posibilitara el avance decisivo de las fuerzas revolucionarias.

Sin embargo, esta estrategia es inadecuada para conducir un proceso de transformación en Occidente donde el Estado puede considerarse como la trinchera más avanzada, pero la sociedad civil posee capacidad de reconstrucción del sistema hegemónico. En este caso la estrategia a desplegar es la *guerra de posiciones*, que es la lucha por la hegemonía previa a la conquista del Estado, la cual requiere de esfuerzos prolongados y de gran cantidad de recursos humanos y materiales, porque, en términos militares, la guerra de posiciones incluye tanto las trincheras, como el sistema organizativo e industrial y las fuentes de reabastecimiento. Esto debe ser traducido a la política:

«en lo que respecta a los Estados más avanzados, donde la «sociedad civil» se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las «irrupciones» catastróficas del elemento económico inmediato (crisis, depresiones, etc.): las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna. Así como en éste ocurría que un encarnizado ataque de la artillería parecía destruir todo el sistema defensivo adversario, cuando en realidad sólo había destruido la superficie exterior y en el momento del ataque y del avance los asaltantes se encontraban frente a una línea defensiva todavía eficiente, lo mismo ocurre en la política durante las grandes crisis económicas» (Gramsci, 2003:81).

De este modo, Gramsci asimila la construcción de hegemonía a la *guerra de posiciones*, la guerra de trincheras, la cual requiere que las fuerzas movilicen esfuerzos en todas las dimensiones de lo social, en una batalla de largo aliento. Ya no alcanza solo el triunfo militar, el éxito económico, ni la dirección del Estado, sino que también se debe expandir la propia visión a los diversos ámbitos donde se gestan

consensos, para hacer de un particular, un universal que logre conquistar la adhesión activa o pasiva de los distintos grupos sociales, disputando palmo a palmo cada «trinchera» de la sociedad.

El sentido común, la crítica y el rol de los intelectuales

Otros apuntes de los cuadernos de la cárcel gramscianos nos permiten ver el vasto alcance de su teoría de la hegemonía, ya que si bien ésta tiene su realización en la conducción de una sociedad, la misma posee un punto de partida: la crítica del sentido común.

El *sentido común* es entendido por Gramsci como una concepción del mundo absorbida acríticamente de numerosos ambientes culturales en los cuales se desarrolla la individualidad moral de las personas, una concepción del mundo disgregada e incoherente, la cual es generalmente incongruente respecto de la posición social de las multitudes. Acá se evidencia el papel liberador de la **crítica**, porque según Gramsci criticar la propia concepción del mundo es tornarla consciente; o sea, ver cuáles son las ideas que nos atraviesan y componen. Esto implica desnaturalizar los valores y las ideas, percibirlos como una construcción producto de una lucha histórica, comprendiendo que éstos no son inocuos sino que se vinculan a intereses determinados y que habilitan la reproducción del orden social. Por eso el sentido común es siempre el sentido común dominante de una época y tiende a expresar, de forma difusa y no lineal, la resultante del conjunto de relaciones de fuerzas. Esto se debe a que cristaliza toda la historia de las luchas con sus particulares derivaciones, que no siempre son exclusivamente favorables a las clases dominantes en todos sus puntos, en tanto las resistencias y conquistas de los grupos subalternos también tienen incidencia. La crítica consciente constituye un punto de inflexión ya que permite develar la concepción del mundo que se posee, observar en ella la hegemonía construida por los grupos sociales

dirigentes y generar un momento de ruptura que abra paso a la elaboración de una concepción del mundo vinculada al propio grupo social al que se pertenece. Sin este papel de la crítica no hay posibilidad de desarrollo de una hegemonía alternativa ni, por lo tanto, de liberación.

Es aquí donde entra el rol de los *intelectuales*. Según Gramsci:

«Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político» (2004:9)

En el capitalismo, junto con el empresario aparecen también los técnicos y especialistas que dan forma a la nueva economía, organizan la cultura, el derecho, etc. En síntesis, con cada clase se crea y forma un grupo de *intelectuales orgánicos* que son fundamentales para su desarrollo y para la conformación de una concepción del mundo acorde a sus intereses que, a su vez, le permite aparecer como el portador del «bien universal», dando homogeneidad y conciencia al propio grupo al tiempo que avanza hacia la dirección política y cultural de los otros grupos sociales.

Con respecto a quiénes componen la categoría de intelectual, Gramsci señala que el error más difundido es el de identificar a los intelectuales sólo con aquellos que desarrollan actividades específicamente intelectuales y no haber buscado esta categoría partiendo del entramado de relaciones sociales en que estas actividades se enmarcan y de los grupos sociales a los cuales se vinculan. Así, llega a visualizar el límite máximo de la categoría sosteniendo que «Todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales» (2004:13). Esta afirmación es de gran importancia a la hora de pensar la construcción de hegemonía, ya

que implica que todo grupo social fundamental, independientemente de la tarea específica que realiza en el ámbito de la producción puede generar su propia categoría de intelectuales.

Gramsci reitera esta perspectiva acerca de la amplitud de la categoría de los intelectuales en su abordaje sobre la articulación entre filosofía, religión y sentido común, afirmando que «todos los hombres son «filósofos»» (2008:7). Esta premisa se sustenta en que es posible dar cuenta de una «filosofía espontánea» de la cual «todo el mundo» participa, brindándonos un conjunto de factores claves para pensar la gravitación de las concepciones de mundo, su conformación y disputa, que tienen un lazo indisoluble con la hegemonía. Esta filosofía espontánea se encuentra contenida en tres anclajes: a) En el lenguaje, el cual no es neutro ni inocuo, sino que posee un conjunto articulado de nociones y conceptos cargados de sentido y contenido que expresa una visión cristalizada de lo social. Es filosofía y cultura de uso cotidiano, ya que como enfatiza Gramsci, en el lenguaje está contenida una determinada concepción del mundo. b) En la participación del sentido común y los núcleos de buen sentido, los cuales representan la capacidad de tomar conciencia del lugar ocupado en la sociedad y de las contradicciones que lo atraviesan. c) En la participación de distintas variantes de religión popular y del folklore, entendido como un sistema de creencias, supersticiones y modos de ver y actuar arraigados en un pueblo.

De este modo, el punto de partida para la emancipación de un grupo social es la realización de una crítica de la filosofía del sentido común, que como concepción del mundo disgregada y permeada por las relaciones de dominación tiende a ser incongruente con las mayorías ya que se participa de concepciones del mundo impuestas por otros grupos sociales, que expresan sus propios intereses. Por ello, la formación de un grupo social homogéneo se articula con la elaboración de una filosofía desarrollada también contra el sentido común,

por ser homogénea y sistemática (Gramsci, 2008). La crítica debe partir del sentido común, romper con él y abarcar también las formas más elaboradas del pensamiento hegemónico, generando una nueva visión del mundo en sus múltiples dimensiones.

En este proceso, Gramsci destaca un tipo particular de intelectual, el *intelectual orgánico*: éste posee una participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, permanentemente persuasivo, por lo que se constituye en «dirigente», y su fórmula se define como: especialista + político. Es por esto que Gramsci afirma: «Que todos los miembros de un partido político deban ser considerados como intelectuales, he ahí una afirmación que puede prestarse a la burla y a la caricatura; sin embargo, si se reflexiona, nada hay más exacto» (2004:20). Esto se debe a que Gramsci pondera el rol de la militancia en la búsqueda de reflexionar críticamente sobre la realidad social, pero también en su capacidad de organizarse para constituir las fuerzas necesarias para su transformación. La guerra de posiciones, estrategia clave para la construcción de hegemonía, precisa de la conformación de intelectuales orgánicos y la gestación de una fuerza política que exprese los intereses y concepciones centrales del propio grupo social y los despliegue hacia la conducción del conjunto de la sociedad.

Relaciones de fuerzas, Estado y hegemonía

Otra coordenada para comprender el anclaje teórico del concepto de hegemonía en el pensamiento gramsciano es su vinculación con la propuesta de análisis de situaciones y relaciones de fuerzas. Gramsci (2003) nos provee de una estrategia analítica para pensar las múltiples dimensiones del poder a partir de éste análisis de las fuerzas con que se articulan, de forma asimétrica, los grupos sociales en distintos niveles.

En primer lugar, están las **relaciones de fuerzas internacionales**, donde Gramsci (2003) nos convoca a pensar, por un lado, las variaciones orgánicas a nivel global del modo de producción dominante y, por otro, la conformación de grandes potencias, los agrupamientos de Estados en distintos bloques y las relaciones de soberanía o dependencia respecto de las potencias menores, abriéndonos camino para abordar tanto los procesos de integración regional así como el imperialismo.

Luego Gramsci propone un conjunto de niveles que son susceptibles de ser analizados también en una escala nacional. Parte de unas **relaciones de fuerzas sociales**, estrechamente ligada a la estructura, viendo el desarrollo de las fuerzas productivas y la función y posición que los grupos sociales ocupan en la producción misma, permitiéndonos pensar relaciones de poder de carácter económico. Otro nivel fundamental es el de las **relaciones de fuerzas políticas**, que parten de un grado económico-corporativo, hasta llegar a un grado estrictamente político ligado a la construcción de hegemonía y la fundación del Estado. Es la instancia clave de emergencia de los sujetos políticos en el marco de la disputa por distintos proyectos societarios. También da cuenta de **relaciones de fuerzas militares**, que, según Gramsci, suelen ser decisivas cuando se ponen en juego.

Luego de delinear el esquema general, nos interesa detenernos en el momento hegemónico de las relaciones de fuerzas políticas:

Es la fase en la cual las ideologías ya existentes se transforman en «partido», se confrontan y entran en lucha, hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha, no sobre un plano corporativo, sino sobre un plano «univer-

sal» y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados. El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías «nacionales». El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo» (Gramsci, 2003:57-58).

En este punto se observan tanto las vastas implicancias que la teoría de la hegemonía abarca, como también la ubicación específica donde se centra dicho recorrido: la dimensión superestructural, en su grado estrictamente político, que está soldada a la realización de una concepción del mundo que se plasma en acción, en dirección de un grupo social sobre otros. La hegemonía aparece asociada a la batalla de ideas; éstas se transforman en «partido», es decir en un proyecto de sociedad que cobra forma concreta tomando posición sobre los aspectos cardinales que atraviesan la vida de una nación en un momento determinado, lo cual implica establecer definiciones sobre los grandes temas de la agenda pública («planteando todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha»). Así, alcanza a expresar una unidad que incluye distintos aspectos: es una unidad de fines económicos y políticos, por la cual el proyecto societario está ligado a los intereses estratégicos de la clase o fracción hegemónica pero articula concesiones en relación a los grupos subordinados, y es también una

unidad intelectual y moral, modificando ideas y valores, incidiendo sobre el plano de la cultura. Esta hegemonía logra constituirse en tanto traspassa el nivel corporativo, y se piensa y plantea desde el lugar de lo universal, como el desarrollo de «todas las energías nacionales», por lo que el componente consensual de la política tiende a prevalecer por sobre el componente de la coerción.

Ahora bien, como recalca Campione (2007), no hay hegemonía sin base estructural, por lo que la clase hegemónica debe ser una clase principal de la estructura de la sociedad, que, asimismo, pueda aparecer como la clase progresiva, que realiza los intereses de la sociedad en su conjunto. Es por esto que el análisis de relaciones de fuerzas en la escala nacional posee un primer nivel en las fuerzas sociales, en el análisis material del orden de la reproducción económica, viendo el lugar y función que los grupos sociales ocupan en la producción. Pero la clase con pretensiones hegemónicas debe superar la mera dominación en el plano de la economía, e incluso debe superar la mera dominación por coerción en el plano de la política, y para ello debe ponerse por encima de sus propios intereses corporativos y articularlos con ciertas concesiones a otros grupos sociales para devenir en clase dirigente, en clase hegemónica. En simultáneo, debe construir y difundir una concepción del mundo que se vaya constituyendo en sentido común, y de la que participen los grupos sociales subalternos, otorgando adhesión y legitimidad al orden social: en esto se basa la *reforma intelectual y moral* que Gramsci ve como una de las tareas claves de los intelectuales orgánicos. Pero esta tarea y estos intelectuales no son pensados desde lo individual sino como fuerza colectiva, ya que para Gramsci no hay lucha ideológica ni política sin fuerza política organizada.

Aquí entra en escena el *Príncipe Moderno* gramsciano. Éste tiene origen en las lecturas que Gramsci realiza sobre *El Príncipe* de Maquiavelo a la luz de las necesidades del movimiento revolucionario

de su tiempo y lugar. El Príncipe en Maquiavelo es la personificación simbólica de la voluntad colectiva que procura la concreción de un fin político para el cual deberá ser un instrumento de instrucción y convencimiento «que intenta realizar la educación política de «quien no sabe», (...) la clase revolucionaria de su tiempo, el «pueblo» y la «nación» italiana» (Gramsci, 2003:17) con el objetivo de proveer los medios para fundar un nuevo Estado. El Príncipe moderno, no es un héroe individual sino que «sólo puede ser un organismo, un elemento de la sociedad complejo en el cual comience a concretarse una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo ya ha sido dado por el desarrollo histórico y es el partido político» (Gramsci, 2003:12).

El Príncipe moderno tiene como objetivo articular a los grupos sociales subalternos, construyendo una voluntad colectiva. Para ello no sólo debe dotar de conciencia y homogeneidad al pueblo sino además movilizar las pasiones, dando origen a una fuerza social y política transformadora que avance en un proceso de acumulación de fuerzas capaz de crear un nuevo Estado. En este proceso tiene destacada importancia el rol del *mito*, que se orienta a la «creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva» (Gramsci, 2003:10).

De este modo, son dos las tareas en las que tanto los intelectuales orgánicos como el Príncipe Moderno se funden: en la creación de una voluntad colectiva, de un sujeto-pueblo con anclaje en la clase central del proceso productivo pero más amplio, con el fin de abarcar y articular al conjunto de grupos subordinados de una sociedad, y realizar una reforma intelectual y moral, es decir, realizar la crítica del sentido común y las ideas predominantes de una época con el fin de dotar de homogeneidad y coherencia a la nueva voluntad colectiva en gestación con el fin de que se abra paso en su ascenso hegemónico hacia la emancipación.

Conclusiones

La reconstrucción de una teoría de la hegemonía en Gramsci nos convocó a partir de una definición sintética de dicho concepto entendiéndolo dentro en un entramado teórico más vasto. El origen de esta teoría se liga a la percepción que Gramsci tenía sobre el proceso de complejización creciente de las sociedades, dado por el potente desarrollo de la sociedad civil y la conformación de una multiplicidad de «trincheras», en distintas dimensiones y escalas, cuyo análisis debe ser asumido por toda fuerza colectiva que procure transformar la realidad. Éste es otro de los elementos constitutivos, Gramsci recupera el corazón de la Tesis XI de Marx sobre Feuerbach, aquella que sentenciaba que los filósofos no habían hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trataba era de transformarlo. La teoría gramsciana es una teoría diseñada para la acción, por eso Gramsci pensaba al marxismo como una filosofía de la praxis. Gramsci pensaba a Marx y Lenin como las dos piezas fundamentales del marxismo en tanto concepción del mundo: Marx muestra el paso de la utopía a la ciencia y Lenin es la materialización de esa ciencia como momento de la acción realizada en la conformación del proletariado como clase dirigente, en alianza con el campesinado, generando un bloque popular que dio lugar a la fundación de un nuevo Estado: la Unión Soviética como Estado de las clases subalternas devenidas en dominantes.

Pero Gramsci también se preguntaba por qué la estrategia aplicada exitosamente en la Rusia zarista había luego fracasado cuando se exportó al resto de Europa en los años subsiguientes. De allí la distinción entre Oriente y Occidente que realiza, y el trazado de una nueva estrategia a ser desplegada en las sociedades complejas, donde el Estado permanecía siendo una concentración clave de poder pero donde se habían constituido una multiplicidad de otros ámbitos de poder, donde conformaban y difundían las concepciones de mundo,

que se sedimentaban en el sentido común y forjaban la base de las prácticas cotidianas. Es en ese sentido que Gramsci, recuperando de Lenin el concepto de hegemonía lo profundiza para dar cuenta de cómo se construía esa dirección política, ideológica y cultural de un grupo social sobre toda otra serie de grupos.

La perspectiva holística del marxismo está presente en todo el entramado que compone esta teoría. La propuesta es deconstruir el todo en sus partes, dimensiones y escalas, construir la conceptualización específica para abordarlas y luego volver a construir esa totalidad, ahora explicada, de modo de realizar junto con la investigación de nuestra propia realidad, la tarea de formación política e ideológica, como un aporte a la más vasta reforma intelectual y moral que permite la toma de conciencia de los grupos subordinados y su organización para abrir paso a un proceso emancipatorio. En ese aspecto converge la perspectiva gramsciana de los intelectuales y del Príncipe Moderno: en dar homogeneidad, conciencia política colectiva y organización, en la construcción de una voluntad colectiva, de un sujeto-pueblo con centralidad en la clase trabajadora que permita fundar un nuevo Estado, y con él, un nuevo orden social.

La multiplicidad de dimensiones y escalas que constituye la totalidad se desagrega, asimismo, en el plan de análisis de situaciones y relaciones de fuerzas: de la escala internacional a la nacional, del nivel económico-estructural, al político y al militar, cada uno con grados y aspectos diversos en su interior. Por eso la estrategia revolucionaria para las sociedades complejas es definida como una guerra de posiciones, un lucha trinchera a trinchera, por alterar los resortes de la dominación y combatir la conducción ideológica y cultural de los grupos dominantes en todo ámbito de la sociedad: desde la crítica al sentido común y los valores hasta las formas más elaboradas del pensamiento, desde las relaciones de producción hasta el Estado. Un concepto eminentemente político como el de hegemonía no podía dejar

de traer tras de sí toda una articulación vasta y compleja de análisis para la transformación de la totalidad de lo real, es por ello que Gramsci asimila la guerra de posiciones con la lucha por la hegemonía, porque la conformación de un nuevo orden social lejos de quedar ligado sólo a la política, a la economía o a la cultura, se plantea como una batalla de largo aliento para ir cambiando todas las relaciones de fuerzas en un proceso de liberación que permita a los subordinados dar lugar a un nuevo orden social. Gramsci nos convoca a pensar las nuevas formas del socialismo como superación del mundo capitalista, más allá de todo recetario y dogmatismo, como una construcción colectiva que parte de volvernos sujetos conscientes de la dominación y activos de la liberación: «Instrúyanse, porque necesitamos toda nuestra inteligencia. Conmuévanse, porque necesitamos todo nuestro entusiasmo. Organícense, porque necesitamos de toda nuestra fuerza».

Bibliografía

- Campione, Daniel. 2007. *Para leer a Gramsci*. Ediciones del CCC. Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio. 2003. *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio. 2004. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio. 2008. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Lenin, Vladimir. 1914. «El derecho de autodeterminación de las naciones», escrito entre febrero y mayo de 1914 y publicado de abril a junio de 1914 en los n°4, 5 y 6 de la *Revista Prosveshenie*. Versión Ed. Progreso (1973), Moscú.
- Lenin, Vladimir. 1916. *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito en enero-junio de 1916; publicado en forma de folleto a mediados de 1917 por la editorial Parus de Petrogrado. Versión Ed. Progreso (1973), Moscú.
- Piotte, Jean Marc. 1973. *El pensamiento político de Antonio Gramsci*. Cuadernos de Cultura Revolucionaria. Buenos Aires.

Sedes del CEFMA

Sede Central

Callao 274 CABA

contacto@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de Córdoba

Entre Ríos 617

cordoba@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de Corrientes

Roca 890

corrientes@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de Entre Ríos

San Juan 719 - Paraná

entrierios@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de La Pampa

J. V. González 680 - Santa Rosa

lapampa@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de San Juan

Tucumán 1138 Sur

sanjuan@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de Santa Fe

Rosario - Centro Cultural La Toma

Tucumán 1349

santafe@elcefma.com.ar

Villa Constitución

villaconstitucion@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de La Rioja

larioja@elcefma.com.ar

CEFMA Prov. de Mendoza
mendoza@elcefma.com.ar

Provincia de Buenos Aires

-CEFMA Bahía Blanca
Roca 84
bahíablanca@elcefma.com.ar

-CEFMA La Plata
9 y 64 - La Plata
laplata@elcefma.com.ar

-CEFMA Lomas de Zamora
Sáenz 240 - Lomas
lomasdezamora@elcefma.com.ar

-CEFMA Morón
Machado 1070 - Morón
moron@elcefma.com.ar

-CEFMA Mar del Plata/Miramar
mardelplata@elcefma.com.ar

-CEFMA San Fernando
3 de Febrero 164
sanfernando@elcefma.com.ar

-CEFMA San Miguel
sanmiguel@elcefma.com.ar

-CEFMA San Fernando
sanfernando@elcefma.com.ar

-CEFMA Vicente López
vicente lopez@elcefma.com.ar